

# **AUTONOMÍA U ORGULLO DE LA NACIÓN**

CUANDO EL ORGULLO DESARTICULA EL PENSAMIENTO

**Gonzalo G. Villafañe**

**Prof. Susana Raquel Barbosa  
Antropología Filosófica**

**UNIVERSIDAD DEL SALVADOR  
Buenos Aires  
2012**

*Es el estreno de una película bajo el título **Orgullo de la Nación**. Una joven francesa judía observa desde la sala de proyección a un auditorio repleto de ese orgullo: el nacional socialista. Comienza a maquillarse. Rimmel, rouge, y finalmente dos manchas de maquillaje esparcidas sobre sus mejillas. Rostro de una historia personal colmada de pérdida, escape y anonimato. Posteriormente corta un trozo de película y lo empalma secretamente a un carretel, listo para ser proyectado en la sala de cine. Se mira en el espejo y recibe su imagen. La de un individuo no paralizado, que no ha renunciado a sus bienes culturales, como tampoco a su historia.*

El fragmento anterior que he mencionado corresponde a la película *Bastardos sin gloria*, una coproducción estadounidense-alemana de 2009, dirigida por Quentin Tarantino. La historia cuenta la vida de Shoshanna, una joven judía que pudo escapar de la masacre de su familia en la Francia ocupada por los Nazis. Luego de tres años y ya dueña de un cine, el ministro de propaganda Joseph Goebbels organiza la proyección de una película que ensalza la imagen de Frederick Zoller, un “hombre heroico”, ejemplo del orgullo nacional, por matar a doscientos cincuenta soldados enemigos desde la torre de un campanario. La función contará con todas las altas figuras políticas, incluyendo al propio Hitler, y Shoshanna derrocará finalmente ese régimen totalitario con una simple idea: una idea propia, autónoma, fundada en su ser. Trataré de referir esta película, desde una perspectiva existencialista, a un texto de Herbert Marcuse: *La Lucha contra el Liberalismo en la Concepción Totalitaria del Estado*.

Marcuse describe que posteriormente al siglo XIX surge una nueva imagen del hombre, «resultante de una mezcla de ingredientes tomados de la época vikinga, de la mística alemana, del Renacimiento y del militarismo

prusiano: la imagen del *hombre heroico*». Este hombre tiene la característica de enfrentarse a todo, y está dispuesto a sacrificarse en pos de un régimen totalitario al cual pertenece, como Frederick Zoller, el héroe nacional de nuestra película. Un régimen que opera concibiendo a la naturaleza, eterna e inmutable, manejable y que se injerta en ella por encima de todo individuo, mediante el poder de un gran aparato económico-social.

Esta concepción totalitaria no sólo limita la reflexión individual, sino que iguala todo pensamiento poniéndolo bajo su tibia ala mediante un gran elemento de seducción: la edípica ilusión de pertenencia a una gran comunidad protectora. Pertenencia que es aderezada con otra ilusión más, la de una economía fuerte, liderada, no por el pequeño comerciante, sino por el “conductor genial de la economía”. En esto se basa toda teoría racionalista de la sociedad que, de esta forma, subordina mecánicamente la actividad práctica a la idea de una razón autónoma, a saber, la de la propia naturaleza del hombre: el aprender mediante el pensamiento conceptual, lo justo, lo bueno y lo verdadero.

El objetivo de todo régimen totalitario es unificar toda oposición y no acordar con lo desigual. Lo desigual debe igualarse, lijarse o directamente eliminarse. Un régimen totalitario “no da el brazo a torcer”, ya que cualquier pensamiento autónomo pone en peligro a esa maquinaria de poder. No se da oportunidad al diálogo, porque precisamente ante una diversidad de oposiciones, el diálogo busca una salida, una ruptura del modelo y una nueva verdad, poniendo en riesgo la rígida seguridad del orgullo nacional. En palabras de Marcuse: «esta seguridad es fundamentalmente una garantía de la libre conducción económica: no sólo la garantía estatal de la libre disposición de la propiedad privada, sino también la garantía privada de la mayor rentabilidad y estabilidad posible», elementos decisivos del capitalismo occidental, pero que también están encubiertos en todo régimen totalitario bajo la encarnación divina de todo caudillo carismático y autoritario, que entusiasma hipnóticamente a un pueblo que busca su tutela. Un pueblo inmaduro, un pueblo que ha dejado de pensar por sí mismo. De lo dicho anteriormente podemos advertir que detrás de los grandes “héroes” o “heroínas” de una

nación, impera una teoría liberal capitalista que también los somete a ellos mismos.

Retomando el film de Quentin Tarantino podemos ver el comportamiento de un pueblo hipnotizado bajo este caudillaje. Vemos escenas donde los protagonistas forman un bloque obsecuente, repleto de modales fingidos, pero con ese sentimiento de heroísmo y orgullo por esa “nación ideal”, pero que pronto, bajo la encarnación de un solo personaje que simboliza la revolución, caerá.

Este personaje es Shoshanna, una mujer que claramente no se adhiere al régimen ya que no renuncia a su historia y su cultura. Es un ser autónomo con un pensamiento autónomo y una idea autónoma. Un personaje que representa los ideales logrados antes de tal funesta época, opuesta a la imagen de hombre que surgía en ese momento.

Según Carl Schmitt «lo existencial se encuentra como concepto esencialmente opuesto a “lo normativo”: como algo que no puede ser objeto de ninguna forma heterónoma, a saber, que impida el desarrollo de su voluntad y naturaleza»». No debe haber determinaciones universales, verdades absolutas. Este tipo de existencialismo político plantea la idea de la concreción de un sujeto histórico. Hay una situación histórica que define a un individuo y que lo proyecta a un futuro propio –no impuesto– es decir una forma de existencia auténtica. La pregunta por la historia, ya sea de un pueblo o bien de un individuo, son fundamentales para la constitución de un pensamiento independiente. Pensamiento que da cuenta de un hombre real, no ficcionado, y que actúa en consecuencia a ese mismo pensamiento. Marcuse advierte que un hombre ficcionado es aquel donde el «actuar no significa decidirse por [...] sino que actuar significa: adoptar una dirección, tomar partido, en virtud de una imposición de destino [...]. La decisión por algo que yo he aceptado es secundaria». Bajo estas circunstancias podemos observar –inclusive en nuestra propia época– a hombres que actúan, pero que no saben para qué lo hacen. Solamente toman partido por algo. La decisión individual no es relevante, la decisión de la mayoría es lo que cuenta y a ella se adhieren. Esta conducta es consecuencia de una imposición de la masa o el tropel –como

diría Kant— al individuo. Un rebaño que sigue a su pastor: el Estado totalitario que ejecuta mediante una politización total, toda relación económica, social, religiosa o cultural. Es el que guía y marca el único camino: el de servirle a él y en donde un hombre paralizado sucumbe, entregándose ante su divino redentor.

El existencialismo político había postulado como categoría fundamental de la existencia a la *decisión* que cada individuo tenía que tomar por sí mismo. En cambio un estado totalitario demanda la obligación total sin permitir que se lo cuestione, ya que si se lo cuestiona, como hemos dicho anteriormente, no dará el brazo a torcer, es decir no articulará. Una articulación es la unión de distintos elementos que forman un conjunto ordenado. Un brazo que no articula no tiene partes, como tampoco unión y ni siquiera un orden, ya que no puede haber orden en un todo sin partes ni uniones. Es solo un brazo rígido y por esta misma razón no podrá abrazar a un pueblo y a su vez no reconocerá los artículos que articulan su propia Constitución Política de Estado.

Podemos ver cuáles son las dos posturas para el hombre de nuestra época: por un lado la de la identidad del individuo que se forma a partir de la libertad a la cual tiene derecho; y por otro, la de la obligación política en donde se le otorga al individuo una libertad preconcebida, en la que debe moverse, apretado, como hámster en una pecera, y dentro de esos cristales, en lo posible, girando constantemente la rueda económica.

Para concluir quería retomar los conceptos de historia y libertad que hemos venido tratando de la mano de Shoshanna, nuestra joven real, no ficcionada. Este individuo es un modelo a seguir: el del pensamiento autónomo, activo, el que lo atraviesa su historia y actúa libremente en el presente bajo su propia voluntad. En el film de Tarantino podemos ver como ella irrumpe de un modo sencillo en la proyección de esa ficción totalitaria: se inserta en esa trama histórica, cortando parte de la película y pegándola como montajista de profesión. Esta toma empalmada consiste en un primerísimo primer plano de su rostro y el mensaje que tiene para decir. Se hace pública, su pensamiento irrumpe en esa ficción. Se da a conocer como individuo. Y desde ese mismo

momento el film proyectado cambia el rumbo histórico totalitario que pretendía eternizar. El simulacro se detiene. El régimen cae.

Si bien la película plantea la caída del régimen Nazi desde una ficción no histórica, el espíritu que encarna este personaje es el mismo de la revolución y el pensamiento. La palabra revolución proviene del término latino *revolutio*. No es sinónimo de rebelión o insurrección, en el sentido de un grupo enardecido ejerciendo la contrapartida, sino de cambio o vuelta al punto de arranque. La revolución se origina en el pensamiento y desde la voluntad individual se pone en marcha mediante la acción. Lo propio del hombre es su autonomía y su libertad y cuando ésta se ve amenazada por un pensamiento paralizante, alisador y desarticulado es necesario volver a ese punto de arranque: *el propio ser, en donde se articula el pensamiento y se despliega la acción.*

## **BIBLIOGRAFÍA**

Marcuse, Herbert. *La lucha contra el liberalismo en la concepción totalitaria del estado*. Trad. E. Bulygin y E. Garzón Valdez. Buenos Aires. 1988: Editorial Sur. 2007.